





ELVO Editorial
info@elvoeditorial.com
www.elvoeditorial.com

Primera Edición: junio, 2026.

© Eva Inochi.
© ELVO Editorial.
© fotografía de solapa: Eva Inochi.
© diseño de cubierta y maquetación: Daniel Moscutat.
Todos los Derechos Reservados.

Dep. Legal: MA 827-2026
ISBN: 979-13-992219-1-6



Gracias por comprar la edición autorizada de este libro. Por favor, no escanee, reproduzca, distribuya o fotocopie ninguna parte del mismo sin permiso de la editorial. De este modo estará respaldando a los autores y permitirá que editoriales independientes, como la nuestra, continúen publicando libros como el que tiene en sus manos. Si necesita fotocopiar, distribuir, reproducir o escanear partes de este libro, diríjase a CEDRO.

Queda prohibida, por tanto, la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.

*A Dani y Rubén,
quienes consiguen cada día
hacer florecer mi caos,
con luz... y magia.*

EVA INOCHI

DE PAPEL

ALMENDROS

elvo
EDITORIAL

PRÓLOGO

*Si no valoras la forma, el olor y tacto de un libro...
¿Cómo pretendes apreciar su historia?*

Adela cosía cuadernillos con aquel pensamiento como norma pincelada en sus recuerdos. Casi siempre sus meditaciones le hacían sonreír mientras trabajaba, más aún, si estas se trataban de las palabras de su padre.

Asomaba el rostro alegre por el marco de un bastidor que dividía en rectángulos simétricos su elegancia.

Mandíbula fina, ojos grandes y pelo blanco destacaba un perfil rejuvenecido por una coleta sin normas.

Adela no temblaba al pasar el hilo blanco entre el cordel y la hoja, sino que, al llegar al final de cada lado, realizaba hábilmente dos nudos asegurando con sus delgados dedos la costura. Luego, con un instinto de satisfacción, soplabla su mechón rebelde suspirando al aire.

Llevaba toda la vida trabajando en aquel taller en el centro de Madrid, en frente de la Biblioteca Nacional;

esta, seguramente, fuera para ella un templo de inspiración. Su empuje eran los libros, leerlos, elaborarlos, cuidarlos y reponerlos. El orden de estas acciones no alteraba su felicidad.

Había heredado de sus padres y abuelos aquella fábrica de encuadernar. Ahora, cumplidos los cincuenta y cinco y con el reconocimiento de su talento por todos, sabía que la cima de sus aspiraciones estaba más que alcanzada.

Vestida con un delantal de tela burdeos descolorido, lleno de engrudo y restos de fibra, parecía la reina de un mundo de tomos y libros donde las telas, cartones y papeles, envolvían sus horas en una calma sin límite. La misma serenidad que proyectaban los protagonistas de los grabados colgados por las paredes rugosas de aquel lugar. Eran dibujos en blanco y negro, pero reflejaban el antiguo oficio de ver nacer un libro hace cientos de años, cuando los hombres no tenían inteligencia artificial, ordenadores, ni siquiera impresora, pero imprimían y encuadernaban los primeros libros de la historia.

Sin embargo, afortunadamente, todavía existían algunas almas que apreciaban esta profesión; bibliófilos y coleccionistas, que se negaban a distinguir entre libro y tesoro.

El sosiego en el taller marcaba los minutos. Tan solo el golpe seco de una cizalla o el de la sierra sobre el burro lo hacía algunas veces desaparecer.

Aquella tarde, Adela se acercó a la prensa circular situada debajo de una ventana con marcos y travesaños de madera. El parteluz iluminaba como un foco a la encuadernadora que ante la prensa empequeñecía su figura llenán-

dola de humildad. A pesar de ello, se movía con el entusiasmo de un caballero dispuesto a conservar con prestigio el oficio de artesano.

Doblando sus rodillas colocó los cuadernillos cosidos; a continuación, hizo girar la prensa con las dos manos con la misma fuerza que un capitán de barco maneja el timón surcando, en lugar de los mares, el aire de decenas de folios.

Cuando la prensa hizo tope, un ruido metálico inundó la estancia, entonces Adela se relajó, esperó y volvió a hacer girar la prensa hacia el lado contrario. Después, extrajo la tripa del libro con la misma satisfacción que un agricultor recoge sus frutos.

La prensa gigante, junto al bastidor, eran las principales y más antiguas herramientas, pero otros más pequeños como cúteres, hilos, agujas, cabezadas, pinceles, cepillos... también tenían su importancia.

Había, no obstante, un instrumento que tenía una especial relevancia. Se trataba de una plegadera blanca de unos quince centímetros elaborada de hueso, que acariciaba cuando la campana de la puerta sonaba.

Como si de un amuleto se tratara, la sacaba del bolsillo delantero del delantal y se deleitaba en su suavidad, el pulgar se deslizaba rítmicamente por su superficie como si estuviera invocando un nuevo encargo. Era su talismán, que tan pronto marcaba folios, como giraba entre sus dedos mientras miraba hacia el escaparate. En la plegadera estaban grabadas sus iniciales con una letra digna de exponerse en algún escudo familiar. A. Y. La primera letra reflejaba su nombre, la segunda escondía, un exótico misterio.

Adela estiró su cuello con gesto estudiado. En realidad, todo lo que hacía y pensaba dentro de su taller estaba supervisado con intención. Al volver a su postura inicial miró al escaparate con serenidad, este era su ventana al mundo, el cuadro en el que descubrir a los viandantes.

Normalmente, cuando estos se paraban, formaban un hueco con las manos y pegaban la nariz al cristal para poder ver el interior evitando los reflejos del sol, y tras descubrir sus cueros repujados y sus telas trabajadas, buscaban al fondo la persona artífice de aquella magia.

Aquella tarde, sin embargo, no parecía que nadie fuera a venir a visitarla, ninguna sombra se dibujaba en la ancha vidriera. Así pues, Adela decidió concluir su jornada desatando su delantal y dirigiéndose al baño para lavarse las manos.

Los azulejos blancos la envolvieron mientras se miraba en el espejo, agotamiento y nada extraordinario era siempre lo que encontraba, aunque su inmensa sonrisa compensaba su atractivo al mundo.

Tras limpiarse los restos de pegamento, comprobó que todavía tenía aroma a tela y cuero. Resignada a ello, salió del baño dispuesta a ordenar unos rollos, para finalmente coger la chaqueta, apagar las luces y salir.

Pero Adela no llegó a realizar ninguna de estas tres cosas. Inesperadamente, la campanita de la puerta sonó con un tintineo, seguido de unos pasos al tiempo que descolgaba la chaqueta del perchero de madera; el ritmo de estos fueron como los de un antiguo reloj de pared, cuyos segundos se quedan absorbidos en la mente a modo de hipnosis.

De repente, como un gong virtual, los pasos se detuvieron, marcando un momento íntimo que Adela sabía que algún día llegaría. Y como todo ser humano que guarda un secreto inconfesable, se puso rígida y buscó con desesperación el valor que, en aquel instante, nunca... hallaría.

尸 夂 夂 丁 王

尸 夂 亅 夂 王 夂 夂

1

Sentada en la posición de loto, mis manos en forma de cuenco se abrieron y se separaron.

Había acabado otra sesión de meditación guiada, de esas en las que eres llevada a sentirte montaña o árbol con sus raíces sujetas al mundo, en las que eres por existir, por ser, no por lo que te sucede, y de nuevo otra mañana había deslizado alguna lágrima al escuchar la música y mantras, que tras los altavoces de mi móvil parecían conectarse a un mundo interior.

Era la consecuencia de ser hipersensible, o al menos eso conferenciaba mi informe psicológico donde yo apenas reparaba por falta de tiempo. Decía algo así como que todo lo que me sucedía afectaba de manera excesiva a mis pensamientos, mi piel...

Mi manera de mirar el mundo cambiaba según lo que sintiera continuamente, transformaba los minutos y las ho-

ras y podía hasta determinar la secuencia de mi día. En fin, todo me hacía mucho daño o muy feliz, no había términos medios en el ejercicio de mi corazón ni de mis pensamientos, pero como era muy disciplinada, trabajaba con aquello del mindfulness para buscar mi propio equilibrio.

Y funcionaba, detener la mente siempre funcionaba.

Así, abrí los ojos, la mirada perdida en el gotelé me recordó el vacío, la realidad. Me levanté apartando algunos libros del suelo, manuales de mi carrera olvidada, utilizados ahora como mesita para apoyar a mi tetera Brown Betty.

Y es que de poco había servido mis años de estudio en una facultad en las afueras de Madrid. Cientos de madrugones y apretones en un autobús sin número, en el que me había sentido más sola que nunca, aun rodeada de cientos de personas.

Respecto a las amistades que hice entre libros, aulas y fotocopadoras nada quedaba; quizá porque jamás visité el bar de la facultad, donde con los años me había dado cuenta que era ahí, y no en los despachos, donde uno aprendía del mundo.

Sin embargo, otra cosa muy distinta era lo que me habían cultivado los libros de mi actual oficina: mi biblioteca.

Tan solo una mañana en ella, donde ahora yo trabajaba, bastaba para que las repisas de miles de páginas me recordasen que merecía la pena seguir levantándose cada mañana, a pesar de la pereza que suponía como aquella jornada dejar mi humilde morada. Sí, los libros sabían exteriorizar todo tipo de conocimiento, emociones, paisajes y conversaciones como nadie.

¡Qué grandes eran las frases de Virginia Woolf, Daphne Du Maurier, Shonagon, Marjane Satrapi, Rosalía, Matute, Sylvia Plath! Todo el mundo que se definía autor o escritor pertenecían a una casta de almas diferentes. Ellos debían de poseer unos ojos transparentes de mirada eterna. Por eso, no podían pertenecer a este mundo, vivían seguramente en otra dimensión reencontrándose de manera infinita en novelas y cuentos.

Quien tenía libros, tenía una familia y un hogar.

Ya sentada en el sillón, bostecé tragándome de un soplo mi mundo de pensamientos. Había que prepararse para ir a trabajar. La tetera verde comenzaba a estar fría y los músculos necesitaban el primer sorbo de calor. La cogí y tiré su contenido por la pila de la cocina, y el café se impuso como sargento en el desayuno.

Después, corrí el visillo de mi estudio de una sola habitación. Las cortinas eran blancas por pura elección, pues una vez había leído que el blanco proyectaba luz en todas las cosas, y yo, por alguna razón, no tenía miedo de mi oscuridad, formaba parte de mi rutina, de mis horas, de mis miedos. Sin embargo, sí temía a la luz que habitaba en mi interior. Esta se empequeñecía, se transformaba en un mute sincero conmigo misma. Por eso el primer telón de la vida, ese que abriera todos los días la historia de mis días, debía ser blanco. Y tras él, una stampa hermosa también escogida: las flores de mi balcón.

Vivía en una calle en cuesta y estrecha en el centro de Madrid, algunos llamaban a mi barrio el barrio de las letras por haber vivido en él ilustres escritores del Siglo de Oro.

Yo, por lo tanto, no podía haber escogido esta calle y este lugar porque sí.

A veces pensaba que todo lo que hacía tenía un motivo relacionado con los libros. Aunque no fuera mi intención, ellos siempre se interponían entre mis ojos y el mundo.

Regué mi brezo y lilas, el áloe vera me miraba otra vez orgullosa, se había vuelto a reproducir rebosando de nuevo las rejas grises.

Tras el café, me vestí rápidamente para ir al trabajo.

Bajé las cuatro plantas dobles de escaleras de madera haciendo más ruido de lo normal, otra vez me había detenido demasiado en el disfrute del primer momento del día. Entré en el parque del retiro después de haber saludado a los libreros de la cuesta Moyano. Cuando llegué a la estatua de Pío Baroja, se reverenció como si fuera un librero más en mi imaginación, eso sí, con frialdad y rigidez, pero su sonrisa inteligente habitualmente lo compensaba todo.

El parque estaba espléndido ese día, no podía detenerme mucho y caminaba rápido perdiéndome las nuevas flores que se habían abierto por primera vez. Tenía que cruzar para coger un autobús denominado *Express*, aunque tardaba más de media hora en llegar a un pequeño barrio de Madrid. Allí se encontraba entre el barullo de coches, bazares, y calles estrechas, mi amada biblioteca.

Llegué a ella para trabajar puntualmente como cada jornada, las puertas de cristal se abrieron a mi paso permitiendo entrar en un mundo mágico lleno de historias.

Era auxiliar de biblioteca y procuraba estar al día de cada una de las novedades que llegaban a la sala de lectura,

clasificaba y tramitaba tareas, agradecida de trabajar en un lugar como aquel.

Un día más, como todos hacía tres años, con la mejor de mis sonrisas me senté en recepción para atender a lectores y visitantes que ya eran como de la familia.

Marta siempre era la primera en llegar para leer por la mañana. Entró, como siempre, quitándose las gafas de sol con brusquedad, dejó el bolso en el mostrador y se puso a hojear los folletos de cursos, marcapáginas o novedades del día. Marta era guapísima, a mí me parecía una modelo. Su pelo lacio y rubio y sus brazos bronceados llenos de pulseras solía ser mi primera visita del día. A su lado me sentía pequeña, y no porque estuviera sentada esperando que me preguntara algo, sino porque Marta era sencillamente perfecta. Los buenos días los lanzaba sin que nadie se diese cuenta y se adentraba en la sala de lectura con paso firme y decidido.

Después, solía llegar Andrés con sus gafas de pasta negra y pelo blanco. Tendría unos setenta años, y en invierno y en verano se presentaba cada mañana con una chaqueta de lana azul marino desgastada. Sonreía y se dirigía a la zona de los periódicos para analizar el mundo pasando página con sus manos arrugadas llenas de memoria. También estaba Sara con sus botoncitos blancos dentro de los oídos y su *tablet* de funda vintage, o Álvaro con su maletín de piel marrón y corbata. Podría enumerar muchas personas de las cuales estaba bastante encariñada.

Pero como todos en la vida, yo tenía una debilidad en forma de lector favorito. Se trataba de una mujer mayor

con abrigo de paño marrón y los labios pintados de rosa. Sostenía un bolso en su antebrazo derecho y en el izquierdo un paraguas independientemente del día que hiciera. Cada mañana acudía a la biblioteca en busca de acción y como apenas veía, mucha de las tardes me sentaba junto a ella para leerle un poco de sus novelas preferidas, las de Agatha Christie. Se llamaba Carmen, «como los patios andaluces», me decía riendo con sus ojos casi transparentes. Era una flor entre libros, un lirio malva diría yo, en el que nadie reparaba, y a mí, sin embargo, me tenía fascinada.

Aquella mañana también llegó justo cuando el reloj redondo de plástico marcó las nueve y media e Ignacio, el director de la biblioteca, me llamó con premura.

—Lucila, ordena estos libros, esta mañana hemos recibido muchas entregas.

Ignacio no salía mucho de su despacho, sin embargo, conmigo se comportaba diferente, solía darme las órdenes en persona y siempre con una sonrisa amable. No obstante, no teníamos ningún tipo de confianza que no fuera más allá del trato diario de libros. A mí me parecía atractivo y misterioso y muchas veces fantaseaba con un amor imposible.

Raúl, mi compañero, me decía que, si yo fuera más lanzada en la vida, seguramente la mitad de mis novelas inventadas podrían llegar a convertirse en realidad.

—Cuando escribas un romance con un auxiliar, avísame, verás que pronto la ficción se materializa —me decía en el mostrador mientras reíamos en susurros.

Raúl era mi mejor amigo en el trabajo, porque tras las paredes de aquel lugar yo apenas tenía amistades. Estaba

casado y tenía dos niños encantadores a los que le solía recomendar cuentos científicos y de misterio. Siempre gastábamos bromas y nos reíamos de Elvira, la antipática secretaria de dirección.

Así pues, tras irse Ignacio, me levanté haciéndome una coleta para emprender cómoda mi tarea.

Agarré con las dos manos mi cochecito de letras y con el orgullo de una madre lo saqué a pasear por las estanterías.

La sala aquellas horas estaba casi vacía, aunque las personas jubiladas del barrio ya habían agotado las noticias de los periódicos.

Me situé en una esquina junto a una mesa redonda para tres ocupantes. Cogí un taburete y me senté a repasar aquella estantería desde la «d» hasta la «g» donde debía colocar mis ejemplares. Antes de hacerlo solía ver las tapas cuidadosamente, lo hacía varias veces leyendo el título y reseña del autor intentando imaginar cómo sería la portada de esa novela escrita por mí.

Amaba escribir. Era mi afición. Mi sueño. Lo hacía en la terraza, en la cocina, en la cola del supermercado, con las hojas en blanco de mi mente, trabajando a marchas forzadas por mi imaginación.

Pero a mis escritos, cuentos y relatos les faltaba algo más importante que un buen argumento, les faltaba valor. Valor para creer en ellos, corregirlos, promocionarlos y enviarlos. Tenía libretas con listados de editoriales por temáticas, algunas subrayadas con pasión, pero no me atrevía a enviarlas, no por el rechazo o la ausencia de una contesta-

ción, sino simplemente porque no creía en nada de lo que hacía de veras. Siempre, al leer un nuevo libro, me recordaba inconscientemente que mis escritos no merecían ser enseñados a nadie. Coloqué el libro de Kate Chopin «Historia de una hora» llamándome su título la atención. Lo hice con un golpecito seco haciendo hueco entre dos libros. Al girarme de nuevo al carrito para seguir con mi tarea, Elvira me miró con la palidez de su rostro congelando mis pensamientos tranquilos.

—¿Cómo vas? —preguntó mirando el móvil quitándole importancia a mi respuesta—. Será mejor que dejes eso y vayas a la zona de revistas y las ordenes un poco, ya ha llegado Raúl y creo que esta tarea la hará más rápido que tú.

Se estiró el fular con las dos manos, era de un algodón tan blanco como su piel. Elvira era la secretaria de dirección de la biblioteca, la razón por la que yo no le gustaba no la supe jamás; de hecho, no me importaba. Sabía cómo herir mi orgullo por dentro haciéndome encoger como el jersey que nadie sabe lavar para hacerlo inservible.

Me levanté con una sonrisa y dejé el carro en ese mismo sitio para dejárselo a Raúl. Después, Elvira desapareció dejando un rastro helado y un perfume rancio que salía de su pelo graso con dos horquillas negras desiguales.

La zona de las revistas estaba más animada, los periódicos eran leídos al instante. Al llegar, rocé sin querer las grandes hojas de la única planta que había en la sala, que lucía orgullosa de estar viva a diferencia del resto de libros, pues era realmente la única existencia no humana que respiraba en aquel lugar; además, tenía la suerte de competir

en belleza con un perchero de metal lo que la convertía en más primorosa si cabe.

Mientras colocaba las revistas, observé cómo un chico con una camiseta de Coldplay dejaba en una de las mesas bajas un periódico, lo hizo lanzándolo, descolocando sus páginas por dentro. Instintivamente fui a ordenarlas, pero cuando observé las letras negras del titular de una de sus noticias, me mareé al instante.

El periódico comenzó a temblar entre mis manos, el párrafo de la noticia se difuminaba haciéndose borroso por el agua que comenzaba a salir de mis ojos, las manchas rojas de mi piel inundaron mi cuello cubriéndolo con una bufanda de terroríficos latidos. Sentí ahogarme y leí y releí unas diez veces la noticia hasta que no pude contenerme más. Salí con el periódico debajo del brazo hacia la salida olvidándome el bolso, la chaqueta y la cordura del día.

—¿A dónde crees que vas? —gritó Elvira con la boca desencajada.

Raúl me tiró el bolso por los aires preocupado; después, las puertas de la biblioteca se cerraron tras de mí, Elvira se convirtió en ese mismo instante en una oruga pisoteada, ni ella, ni nada, ni nadie me importaba, la calle apareció ante mis ojos plomiza y confundida, me crucé con un hombre que acababa de comprar un periódico en cuya portada podía leerse un titular despiadado:

«Aparece muerta en su taller, la encuadernadora más famosa de Madrid».

EVA INOCHI

DE PAPEL

ALMENDROS

elvo
EDITORIAL

ÍNDICE

Prólogo	13
PRIMERA PARTE	19
1.	21
2.	31
3.	39
4.	49
5.	63
6.	75
7.	81
8.	89
9.	99
10.	109
11.	119
SEGUNDA PARTE	129
12.	131
13.	141
14.	147
15.	155
16.	163
17.	167
18.	175
19.	181

20.....	189
TERCERA PARTE	193
21.	195
22.....	201
23.....	205
24.....	211
25.....	217
26.....	223
27.	227
28.....	235
29.	241
30.....	247
Epilogo	249
La autora: Eva Inochi	

Este libro terminó de imprimirse en Málaga
un 11 de junio de 2026
coincidiendo con el natalicio del escritor
Yasunari Kawabata
en cuarto menguante.





